

# Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

## Invitados a la mesa de Dios

A veces nos vienen ganas de haber nacido en tiempos de Jesús. Quisiéramos verlo con nuestros propios ojos, escuchar su voz, tocarlo con nuestras manos. En tales momentos olvidamos que Jesús todavía sigue estando presente entre nosotros. Porque su Encarnación continúa en los sacramentos.

Los sacramentos son el cuerpo, la carne, la voz de Jesús, perpetuados para nosotros. Así Él se ha hecho el más cercano, el más accesible, el más realmente presente. Lo podemos tocar, ver y escuchar durante toda nuestra vida, ahora mismo y siempre que queramos. Él se entrega a nosotros, se nos da; se pone en nuestras manos.

En cada Eucaristía podemos oír: *“Esto es mi Cuerpo”*, *“este es el cáliz de mi sangre”*, podemos verlo y hasta comerlo.

Cuando nos sentimos solos, encerrados en nosotros mismos, tristes, pesimistas – entonces basta venir junto a Él, saciarnos con Él, y nuestra alma conocerá de nuevo la gracia, la alegría, la paciencia, el amor.

Cuando nos falta la fe, alimentémonos con la fe en él y sorprendidos notaremos, cómo empieza a nacer en nosotros una nueva fe que no viene de nosotros.

Cuando hemos perdido la esperanza, comamos, recibamos la esperanza de Él y sentiremos cómo se despierta en nosotros una esperanza renovada.

Cuando no tenemos ni amor ni caridad, acerquémonos a su mesa para que Él cambie nuestro corazón y nuestra entrega al darnos su alimento celestial.

*“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”*. Al haber comido ese cuerpo sobrenatural ya no somos los mismos. Otro se ha puesto a vivir en nuestro lugar. El mismo Jesús nos abre a Dios, a nosotros mismos, a los demás.

En su corazón podemos encontrarnos con cada hombre: con nuestros padres, con los hijos, con el cónyuge, con todos los que amamos, e incluso con nuestros muertos. A todos ellos los podemos encontrar en la misa, en una buena comunión. Y la gracia, como un río, circulará de nosotros hacia ellos y de ellos hacia nosotros.

Así se desarrolla y se profundiza la vinculación y la unidad entre todos nosotros, los que formamos la Familia de Dios. Como el pan sobre el altar está compuesto de muchos granos de trigo, y el vino de muchos granos de uva, así también nosotros, en la comunión, nos convertimos en un solo cuerpo, en el cuerpo de Cristo, en el cuerpo de los hijos de Dios.

Entonces, qué triste que muchos no acepten esta invitación divina, que la mayor parte de los cristianos se nieguen a venir a la casa de su Padre. Y que lamentable, además, que muchos - después de aceptar su invitación - se nieguen a comer en la mesa. No tienen hambre, no tienen ningún apetito, no se sienten capaces de tragar ni un bocado. Hay que ser Dios, hay que ser Padre, para poder aguantar y sufrir todo esto con paciencia.

Los primeros cristianos, en cada Eucaristía, comulgaban todos. No les entraba en la cabeza, que se pudiese venir a misa sin comulgar en ella.

Y los apóstoles, en la primera misa, la Última Cena, cuando Jesús les ofreció su propia carne y su propia sangre, comulgaron todos juntos. Y pienso que después de esa primera comunión se sintieron tan felices, tan llenos de alegría y amor fraternal como nunca lo habían experimentado antes. Y entonces se dieron cuenta de que sólo Dios podía haber hecho esto, de que sólo Dios podía amarlos y llenarlos de esta manera.

Y nosotros, ¿cuándo nos sentiremos, al salir de la Eucaristía, tan felices, tan renovados, tan fraternales y tan generosos - como ellos? ¿Cuándo nos daremos cuenta de que - como aquella primera vez - Dios había estado presente en medio de nosotros, y se nos había entregado personalmente en su propio cuerpo y sangre?

¡Qué la próxima fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, sea, realmente, un paso decisivo hacia el Señor, escondido aquí bajo las formas del pan y del vino!